

Ω FERNANDO MARTÍNEZ
HEREDIA

SOCIALISMO

Biblioteca Omegalfa

2021

Ω

S O C I A L I S M O
Fernando Martínez Heredia

Fuente:
Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Sociales
Marzo 2005

Digitalización y maquetación:
Demófilo
2021

LIBROS LIBRES
PARA UNA CULTURA LIBRE



Biblioteca Omegalfa
2021
Ω

Fernando Martínez Heredia

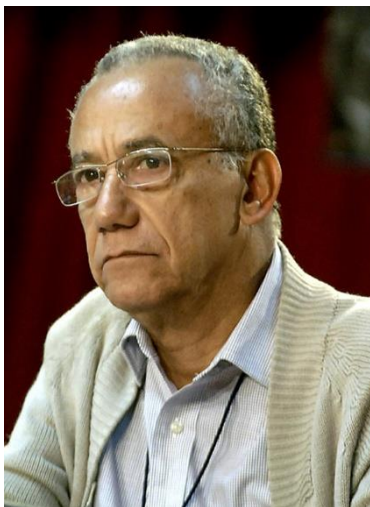
SOCIALISMO

Marzo 2005

SOCIALISMO

Por

Fernando Martínez Heredia



EL CONCEPTO SOCIALISMO ha sido cargado de sentido desde una amplia gama de orientaciones ideológicas y políticas, durante más de un siglo y medio. Sin duda, esto dificulta el trabajo con él desde una perspectiva de ciencia social, pero es preferible, en vez de lamentarlo, partir de esa realidad, que es casi imposible separar del concepto. Lo más importante es que desde el siglo XIX y en el curso del siglo XX la noción de socialismo auspició a un amplísimo campo de demandas y anhelos de mejoramiento social y personal, y después de 1917 llegó a asociarse a las empresas de transformación social y humana más ambiciosas y profundas que ha vivido la Humanidad, constituyendo a la vez el reto más grave que ha sufrido la existencia del capitalismo, en todas sus variantes, a escala mundial.

También ha estado vinculado el socialismo a la interrogante crucial de esta época: la multiplicación acelerada de logros

técnicos y científicos en tantos campos, y de las necesidades asociadas a ellos, del conocimiento cada vez más profundo de los seres humanos, y del desarrollo de las subjetividades y las relaciones interpersonales, es decir, el raudo crecimiento de las potencialidades y las expectativas de la Humanidad, ¿desembocará en una agudización de la dominación más completa y despiadada sobre las personas y la mayoría de los países, y de la pauperización de gran parte de su población, más un deterioro irremediable del medio en que vivimos, o será el prólogo de movimientos e ideas que logren transformar el mundo y la vida para poner aquellos logros al servicio de las mayorías y de la creación de un orden social y humano en que primen la justicia, la libertad, la satisfacción de necesidades y deseos y la convivencia solidaria?

Socialismo y socialista han sido denominaciones utilizadas por muy disímiles partidos y movimientos políticos, Estados, corrientes ideológicas y cuerpos de pensamiento, para definirse a sí mismos o para calificar a otros. Esas posiciones pueden considerar al capitalismo su antinomia, y trabajar por su eliminación, o limitarse a intentar cambiarlo de manera evolutiva, o ser apenas su conciencia crítica. Por otra parte, la tónica predominante al tratar el concepto en la literatura divulgativa —incluidas enciclopedias—, y en gran parte de la especializada, ha sido la devaluación intelectual, simplificaciones, distorsiones y acusaciones morales y políticas. Pocos conceptos han confrontado tanta hostilidad, que aquí registro solamente como un dato a tener en cuenta. Las relaciones entre los conceptos socialismo y comunismo —a las que me referiré más adelante— no sólo pertenecen al campo teórico y a las experiencias prácticas

socialistas; el cuadro de hostilidad mencionado ha llevado muchas veces a preferir el uso exclusivo de la palabra socialismo para evitar las consecuencias de incomunicación o malos entendidos si se utiliza también la palabra comunismo. Esto fue agravado durante una gran parte del siglo XX por la connotación que le dio a “comunismo” la tendencia que fue más fuerte dentro de las experiencias, organizaciones e ideas socialistas, es decir, la integrada por la URSS, el llamado movimiento comunista internacional y la corriente marxista llamada marxismo leninismo.

No pretendo criticar, o siquiera comentar, las muy diversas definiciones y aproximaciones que registra el concepto socialismo, ni el océano de bibliografía con que cuenta este tema. Intentar apenas esa valiosa tarea erudita ocuparía todo el espacio de esta entrada, y no sería lo apropiado. A mi juicio debo exponer aquí de manera positiva lo que entiendo básico en el concepto, los problemas que confronta y la utilidad que puede ofrecer para el trabajo intelectual, desde mi perspectiva y desde nuestro tiempo y el mundo en que vivo.

Dos precisiones previas. Una, todo concepto social debe ser definido también en relación con su historia como concepto. En unos casos puede parecer más obvio o provechoso hacerlo, y en otros más dispensable, pero entiendo que en todos es necesario. La otra, en los conceptos que se refieren a movimientos que existen y pugnan en ámbitos públicos de la actividad humana, es necesario distinguir entre los enunciados teóricos y las experiencias prácticas. Tendré en cuenta ambos requerimientos en este artículo.

El socialismo está ligado al establecimiento de sociedades

modernas capitalistas en Europa y en el mundo, si prescindimos de una dilatada historia anterior, que incluye: revueltas de los de abajo por la justicia social, la igualdad personal y la vida en comunidad, y creencias e ideas formuladas como destinos o parusías; actividades de reformadores que tuvieron más o menos poder; y construcciones intelectuales basadas en la igualdad y en un orden social colectivista, usualmente atribuidas a una edad pasada o a una era futura *sine dia*. En la Europa de la primera mitad del siglo XIX se llamó socialismo a diferentes teorías y movimientos, que postulaban o buscaban sobre todo la igualdad, una justicia social y un gobierno del pueblo, contra el individualismo, la competencia y el afán de lucro nacidos de la propiedad privada capitalista, y contra los regímenes políticos, en favor de un predominio de los productores libres. En general, esos socialismos debían mucho de su mundo ideal a los radicalismos desplegados durante y a consecuencia de las revoluciones burguesas, pero encontraron base social entre los contingentes crecientes de trabajadores industriales y sus constelaciones sociales. Estos solían luchar por reformas que los favorecieran, y por potenciar sus identidades a través de órganos sociales e incluso políticos. Pero otros activistas y pensadores aspiraron a mucho más: cambios radicales que implantaran la justicia social, o que llevaran la libertad personal mucho más lejos que sus horizontes burgueses. Socialistas, comunistas y anarquistas pensaron y actuaron en alguna medida durante las grandes convulsiones europeas que son conocidas genéricamente como la Revolución del 48.

En la Europa del medio siglo siguiente se desplegó la mayor

parte de las ideas centrales del socialismo, y sucedieron experiencias muy radicales, pero sobre todo la adecuación de la mayoría de los movimientos socialistas al sistema de hegemonía capitalista. El triunfo del nuevo tipo de desarrollo económico, capitalista, ligado a la generalización del mercado, la industria, las nuevas relaciones de producción, el papel del dinero y el colonialismo, unido a la caída del antiguo régimen y los resultados políticos e ideológicos de las revoluciones burguesas, fueron entendidos también como los procesos de creación de condiciones imprescindibles para que la humanidad contara con medios materiales y capacidades suficientes para abolir con éxito la explotación del trabajo, las opresiones sociales y políticas, el poder del Estado y la enajenación de los individuos. El mismo proceso de auge del capitalismo en Europa creaba una nueva clase —el proletariado—, capaz de llevar a cabo esa labor y destinada a hacerlo; su trabajo, igual que el de la burguesía, tendría alcance mundial, pero con un contenido liberador. El nacionalismo, ahora triunfante, sería superado por el proletariado paneuropeo, que conduciría finalmente al resto del mundo a un nuevo orden sin fronteras. Las ideologías burguesas del progreso y de la civilización podían ser aceptadas y tornadas en contra del dominio de ellos: el socialismo sería la realización de la racionalidad moderna. Aún más, el auge y el imperio de la ciencia, con su positivismo y su evolucionismo victoriosos, podían brindar la clave de la evolución social, si se hacía ciencia desde la clase proletaria.

Una concepción se abrió paso entre las ideas anticapitalistas, en franca polémica con el anarquismo en torno a los problemas del poder del Estado futuro y del autoritarismo,

aunque coincidiendo con él en cuanto a la oposición radical al sistema y la abolición de la propiedad privada. Esta fue la concepción de Carlos Marx (1818-1883) —pronto llamada marxismo—, que ha sido el principal oponente al capitalismo desde entonces hasta hoy, como cuerpo teórico y como ideología; además, se han proclamado marxistas innumerables movimientos políticos y sociales anticapitalistas y de liberación en todo el mundo, y prácticamente todas las experiencias socialistas. La producción intelectual, su historia de siglo y medio y las diferentes tendencias del marxismo están profundamente vinculadas a todo abordaje que se haga del concepto de socialismo. No me es posible sintetizar ese conjunto, por lo que me limito a presentar un sucinto repertorio del marxismo originario, tan abreviado que no tiene en cuenta la evolución de sus ideas. Más adelante añadiré algunos comentarios muy parciales.

Marx intentó desarrollar su concepción a través de un plan sumamente ambicioso, que sólo en parte pudo realizar; pero además es erróneo creer que estuvo elaborando un sistema filosófico acabado, como había sido usual en el medio en que se formó inicialmente. Marx fue un pensador social, lo que sucede es que puso las bases y construyó en buena medida un nuevo paradigma de ciencia social, en mi opinión el más idóneo, útil y de mayores potencialidades de los existentes hasta hoy. También entiendo que existe ambigüedad en ciertos puntos importantes de su obra teórica, y además ella adolece de ausencias y contiene algunos errores, exageraciones y tópicos que hoy son insostenibles. A pesar de su radical novedad, la concepción de Marx no podía ser ajena a las influencias del ambiente intelectual de su época, aunque fue capaz de mantener su identidad ante él,

y contradecirlo. No puede decirse lo mismo de la mayor parte de sus seguidores, lo cual ha tenido consecuencias muy negativas. En general, Marx resultó demasiado chocante en el terreno intelectual, y la unión de la calidad subversiva de su teoría, su intransigencia revolucionaria y su ideal comunista concitó rechazos, simplificaciones, distorsiones y exclusiones. Apunto algunos rasgos de su pensamiento que considero básicos:

- 1) el tipo capitalista de sociedad fue su objeto de estudio principal, y a su luz es que hizo postulaciones sobre otras realidades o planteó preguntas acerca de ellas. Tanto por su método como a través de la investigación de la especificidad del capitalismo, Marx produjo un pensamiento no evolucionista, cuando esa corriente estaba triunfando en toda la línea. Para él, lo social no es un corolario de lo natural;
- 2) se enfrentó resueltamente al positivismo, que en su tiempo se convertía en la dirección principal del pensamiento social, y propuso una concepción alternativa;
- 3) superó críticamente los puntos de partida de los sistemas filosóficos llamados materialistas e idealistas, y la especulación filosófica en general, colocándose en un terreno teórico nuevo;
- 4) su teoría del modo de producción capitalista resultó válida como modelo para estudiar sociedades "modernas" como sistemas de relaciones entre grandes grupos humanos, un modelo que busca las contradicciones internas a esas sociedades, distingue y jerarquiza niveles de las realidades y procesos sociales, e investiga siempre el origen y las tendencias de esos procesos;

5) la lucha de clases moderna es para Marx la dinámica social fundamental, a partir de la cual

se constituyen del todo las clases sociales, se despliegan sus conflictos y tienden a resolverse mediante el cambio revolucionario. Este el núcleo central de su concepción;

6) la historia es una dimensión necesaria para su teoría, dados sus preguntas fundamentales y su método. Su concepción de la historicidad y del movimiento histórico de las sociedades trata de conjugar los modos de producción y las luchas de clases. Por qué y cómo cambian y se transforman las sociedades, podría ser una formulación general para comprender los procesos históricos desde la posición de Marx, que elaboró hipótesis y dejó expresiones interesantes relativas a la ampliación de su teoría a otros ámbitos históricos;

7) su concepción unitaria de la ciencia social, y su manera de relacionar la ciencia con la conciencia social, la dominación de clase y la dinámica histórica entre ellas, inauguraron una posición teórica muy diferente a la especialización y las perspectivas de la Economía, la Historia y la Sociología, que se constituían como disciplinas y profesiones. Este es uno de los sentidos principales de la palabra ‘crítica’, tan usual en los títulos de obras suyas. Marx puso también las bases de una sociología del conocimiento social;

8) Marx no creyó en que la consecuencia feliz de la evolución progresiva de la Humanidad fuera el paso ineluctable al socialismo, a pesar de la fuerza de sus planteamientos acerca del modo de producción, y del triple sesgo deter-

minista que pudiera emerger de las tendencias que identificó en su teoría, de los usos del campo científico de su tiempo y de la gran distancia que existía entre su propuesta de cambio y el enorme poder del capitalismo. Él postuló claramente que el derrocamiento del poder del capitalismo sólo sucedería mediante la revolución proletaria, o revoluciones proletarias, que conquisten el poder político a escala mundial. La elevación del proletariado a clase dominante, es decir, su dictadura de clase, llevará a la conquista de la democracia;

9) sólo a través de un largo período histórico de muy profundas transformaciones revolucionarias —del que apenas bosquejó algunos rasgos— se avanzará según Marx desde la abolición de la explotación del trabajo y la apropiación burguesas, hacia la abolición del tiempo de trabajo como medida de la economía, la extinción de los sistemas de dominación de clases y los Estados, la desaparición progresiva de toda dominación y la formación de una sociedad comunista de productores libres asociados, nuevas formas de apropiación, nuevas personas y una nueva cultura. El poder público perderá su carácter político, y junto con el antagonismo y la dominación de clase se extinguirán las clases: “surgirá una asociación en que el libre desenvolvimiento de cada uno será la condición del libre desenvolvimiento de todos”.^[1]

El ápice de los movimientos anticapitalistas del siglo XIX fue la Comuna de París, primera experiencia de poder pro-

¹ Carlos Marx y Federico Engels: *Manifiesto Comunista*, cap. II (1848).

letario. Aunque efímera y aplastada a sangre y fuego, la Comuna dejó un legado muy valioso: hechos y enseñanzas, identidad rebelde con símbolos propios, insurrección heroica con democracia participativa, y la Internacional, una canción que ha alcanzado significado a escala mundial. Pero aunque la represión y la negación de ciudadanía plena al pueblo habían sido arma común de príncipes y de liberales, mientras la democracia, la autonomía local, la soberanía popular y las cuestiones de género eran banderas socialistas, en 1871 ya estaba en marcha la construcción de un nuevo sistema en los Estados nacionales, con parlamentos, masas de votantes, estado de derecho, constituciones y predominio de la instancia nacional, un orden que cedió en materia de ciudadanía, y de organización y representación de sectores subordinados, en una Europa imperialista y de renovado colonialismo. El socialismo encontró un lugar en ese sistema y participó en la elaboración de su hegemonía, reduciéndose progresivamente de antinomia a diversidad.

Partidos de trabajadores y federaciones sindicales que se declaraban socialistas y marxistas alcanzaron éxitos notables dentro de la legalidad, dieron más impulso a la democracia y a sus intereses corporativos, y se asociaron en una Segunda Internacional. Pero ellos abandonaron los ideales y la estrategia revolucionaria, y asumieron el reformismo. Sus prácticas estaban escindidas entre los ritos de su origen y su adecuación al dominio burgués, que llegó a hacerlos cómplices del colonialismo, en nombre de la civilización y de la misión mundial del hombre blanco. Su pensamiento también se escindió, entre una “ortodoxia” y un “revisionismo” marxistas, que a pesar de sus controversias constituían las dos caras de una misma moneda.

La “bella época” del imperialismo desembocó en una horrosa guerra mundial. En 1917 logró triunfar una revolución anticapitalista en la quebrantada Rusia zarista, dirigida por un partido ajeno a la posición de la II Internacional, el bolchevique que dirigía Vladimir I. Lenin. Esto cambió a fondo la situación del concepto de socialismo, porque primero en Rusia Soviética-URSS, y después en otros países del mundo, se intentó crear y desarrollar sociedades socialistas a lo largo del siglo XX. El bolchevismo produjo un gigantesco impulso práctico y teórico en este campo, multiplicando las capacidades humanas y políticas de millones de personas; también puso a prueba las ideas previas sobre el cambio social y el socialismo, y las nuevas ideas que surgieron en aquella experiencia. Se opacaron temas como el “derrumbe” forzoso del capitalismo a partir de sus propias contradicciones, o la evolución natural del capitalismo al socialismo de la ortodoxia socialdemócrata, mientras se desarrollaron otros como el del poder obrero, la actualidad de la revolución, la creación de formas socialistas de vida cotidiana, la nueva educación, la revisión de conceptos fundamentales desde la nueva realidad y las perspectivas del socialismo. Después de 1919 la mundialización de las ideas socialistas recibió nuevos impactos, sobre todo a través de la Internacional Comunista y su red de organizaciones. Se pretendió que un mismo cuerpo ideológico-teórico fuera compartido por los revolucionarios de todo el mundo, y que su influencia se tornara determinante en los proyectos y las concepciones de cambio en todas partes. Los partidos comunistas que se fueron creando en docenas de países debían ser agentes principales de esa labor.

El concepto de socialismo del marxismo originario sufrió

adaptaciones a prácticas que fueron más o menos lejanas a sus postulados teóricos, por dos razones principales: a) para aquel, la revolución y el nuevo régimen previsto debían ser victoriosos a escala mundial, la escala alcanzada por el capitalismo. Al no suceder así, ambos tipos de sociedad quedaron como poderes enfrentados, pero cada vez más instrumentos, relaciones, formas de reproducción de la vida social y de dominación del capitalismo estuvieron presentes y ganaron fuerza en el interior de los regímenes socialistas; b) el predominio de intereses parciales y la apropiación del poder por ciertos grupos en esas sociedades en transición, con la consiguiente expropiación de los medios revolucionarios, la participación democrática y la libertad necesarios para la formación de personas y relaciones socialistas.

El proceso de la transición socialista debía ser diferente y opuesto al capitalismo —y no sólo opuesto a él-, y sobre todo debía ser un conjunto y una sucesión de creaciones culturales superiores, obra de contingentes cada vez más numerosos, más conscientes y más capaces de dirigir los procesos sociales. En vez de esto sucedió una historia de deformaciones, detenciones, retrocesos e incluso desafueros. Durante ese proceso el socialismo fue referido a necesidades e intereses del poder en la URSS -“el socialismo en un solo país”-, convertido en sinónimo de metas civilizadoras y demagogias -“construcción del socialismo”, “régimen social superior”-, referido a una competencia entre potencias -“alcanzar y superar”-, e incluso llegó a ser un apelativo de consuelo: “el socialismo real”. En 1965, Ernesto Guevara escribió en un texto clásico acerca del socialismo: “...el escolasticismo que ha frenado el desarrollo de la filosofía marxista e impedido el tratamiento sistemático

del período”[²].

La gran experiencia de la URSS y de otros países de Europa degeneró en un bloque de poder en la geopolítica de una época, y sufrió procesos de corrosión paulatina que la fueron extinguiendo. Finalmente, aquel socialismo de las fuerzas productivas y la dominación de grupos fue vencido por las fuerzas productivas y por la cultura del capitalismo. Su desenlace, tan rápido e indecoroso, le infligió un daño inmenso al prestigio del socialismo en todo el mundo.

Sería un grave error, sin embargo, reducir la historia del concepto y las experiencias del socialismo al ámbito de aquellos poderes europeos. En la propia Europa la cuestión del socialismo registró numerosos aportes; algunos de ellos —como los de Antonio Gramsci— han sido muy trascendentes para la teoría. En América Latina y el Caribe, las necesidades y las ideas relacionaron a la libertad y el anti-colonialismo con la justicia social, desde los primeros movimientos autóctonos. La cuestión social fue pensada por radicales durante las gestas independentistas y en las nuevas repúblicas; el socialismo, como otras concepciones, fue valorado sobre todo en relación con los objetivos y las posiciones que se defendían o promovían. El caso de José Martí (1853-1895) es paradigmático. El cubano fue a mi juicio el pensador y el político más subversivo de su tiempo en América, respecto al colonialismo, a las clases dominantes del continente y al naciente imperialismo norteameri-

² “El socialismo y el hombre en Cuba”. En *Ernesto Che Guevara. Obras 1957-1967*, Casa de las Américas, La Habana, 1970, t. II, p. 377.

cano. Martí conoció ideas marxianas y anarquistas, y admiró a Marx y a los luchadores obreros de Estados Unidos, pero fijó su distancia política e ideológica respecto a ellos. Su lucha y su proyecto eran de liberación nacional, una guerra revolucionaria para conseguir la formación de nuevas capacidades en un pueblo colonizado y la creación de una república democrática en Cuba, la detención del expansionismo norteamericano en el Caribe y el inicio de un nuevo ciclo revolucionario que cambiara el sistema vigente entonces en las repúblicas latinoamericanas.

Hace más de un siglo que las ideas socialistas existen en América, y las organizaciones que las proclaman o tratan de llevarlas a cabo. Una gran corriente ha sido la que se inscribió, fue fundada o influida por la Internacional Comunista, y sus sucesores. Otras han sido las de pensadores y movimientos, muy diversos entre sí, pero identificables por su inspiración en los problemas y la situación latinoamericana, que han solido ser anticolonialistas para ser anticapitalistas y socialistas; también pensaron esa nueva sociedad rebeldes extraordinarios, como Augusto César Sandino y Antonio Guiteras³. El socialismo sigue vivo en el pensamiento latinoamericano actual —que es tan vigoroso—, y

³ Como ilustración, un fragmento de José Carlos Mariátegui (1894-1930): “El socialismo no es, ciertamente, una doctrina indoamericana. Pero ninguna doctrina, ningún sistema contemporáneo lo es, ni puede serlo. Y el socialismo, aunque haya nacido en Europa, como el capitalismo, no es tampoco específico ni particularmente europeo. Es un movimiento mundial (...) No queremos, ciertamente, que el socialismo sea en América calco y copia. Debe ser creación heroica. Tenemos que dar vida, con nuestra propia realidad, en nuestro propio lenguaje, al socialismo indoamericano. He aquí una misión digna de una generación nueva.” (En “Aniversario y balance”,

en movimientos sociales y políticos cuya capacidad de proyecto acompaña a su actividad cotidiana.

La historia del concepto de socialismo en Asia y África ha estado ligada al desarrollo de las revoluciones de liberación nacional y social, y a la emergencia y afirmación de Estados independientes. Han sido muy valiosos los aportes de China y Vietnam, pero también los de Corea, los luchadores de las colonias portuguesas y Argelia, y otros africanos y asiáticos. En África, cierto número de Estados se calificaron de socialistas en las primeras décadas de su existencia como tales, y también movimientos políticos que deseaban unir la justicia social a la búsqueda de la liberación nacional.

La historia de las experiencias de socialismo en el siglo XX ha sido satanizada en los últimos quince años, y tiende a ser olvidada. Es vital impedir esto, si se quiere comprender y utilizar el concepto, pero sobre todo para examinar mejor las opciones que tiene la humanidad ante los graves peligros, miserias y dificultades que la agobian en la actualidad. El balance crítico de las experiencias socialistas que ha habido y existen es un ejercicio indispensable para manejar el concepto de socialismo. Contribuyo a ese examen con algunas proposiciones. Poderes que aspiraban al socialismo organizaron y desarrollaron economías diferentes a las del capitalismo, basadas en su origen en satisfacer las necesidades humanas y la justicia social; los Estados las articulaban con muy amplias políticas sociales y con cierto grado de planeamiento. Pueblos enteros se movilizaban en la defensa y el despliegue de esas sociedades, lo cual aumentó

sus capacidades, la calidad de la vida y la condición humana. Esas experiencias y las luchas de liberación y anticapitalistas involucraron a cientos de millones de personas; ellas, y la acumulación cultural que han producido, constituyen el evento social más trascendente del siglo XX. Pero a pesar de sus enormes logros, los poderes socialistas acumularon descalabros y graves faltas en cuanto a elaborar un tipo propio de democracia y enfrentar los problemas de su propio tipo de dominación, no le dieron cada vez más espacio y poder a la sociedad, y en síntesis se mostraron incapaces de echar las bases de una nueva cultura, de liberación humana y social. La victoria del capitalismo frente a este socialismo ha sido reabsorberlo a mediano o largo plazo, lo cual forma parte de su extraordinaria cualidad de absorber los movimientos y las ideas de rebeldía dentro de su corriente principal. Pese a ser esta la línea general, Cuba, un pequeño país de Occidente, ha logrado mantener su tipo de transición socialista durante casi medio siglo.

En cuanto se habla de socialismo aparece la necesidad de distinguir entre las propuestas y el deber ser del socialismo, por una parte, y las formas concretas en que ha existido y existe en países y regiones, a partir de las luchas de liberación y los cambios profundos en las sociedades que han emprendido transiciones socialistas. Las ideas, la prefiguración, los ideales, la profecía, el proyecto, constituyen el fundamento, el alma y la razón de ser del socialismo, y brindan las metas que inspiran a sus seguidores. Las experiencias son, sin embargo, la materia misma de la lucha y la esperanza; mediante ellas avanza o no el socialismo, y por ellas suele ser medido.

Esa distinción es básica, pero no es la única importante

cuando se reflexiona acerca del socialismo. En cuanto se aborda una experiencia socialista, se encuentran dos problemas. Uno es interno al país en cuestión: cómo son allí las relaciones entre el poder que existe y el proyecto enunciado; y el otro es externo: se refiere a las relaciones entre aquel país en transición socialista y el resto del mundo. En la realidad ambos problemas están muy relacionados: las prácticas que se tengan en cuanto a cada uno de ellos afectan al otro, y en alguna medida lo condicionan.

Las cuestiones planteadas por las experiencias socialistas no existen separadas, ni en estado “puro”. Hay que enfrentarlas todas a la vez, o están mezcladas o combinadas, ayudándose, estorbándose o confrontándose, exigiendo esfuerzos o sugiriendo olvidos y posposiciones que pueden ser fatales. Sus realidades propias, y cierto número de situaciones y sucesos ajenos, condicionan cada proceso. Enumero algunas cuestiones centrales. Cada transición socialista debe conseguir cambios “civilizatorios” a escala de su población, no de una parte de ella, y debatirse entre ese deber y el complejo formado por los recursos con que cuenta; pero a la vez se debatirá con la exigencia de cambios de liberación que debe ir conquistando, o todo el proceso se desnaturalizaría. Las correlaciones entre los grados de libertad que tiene y las necesidades que la obligan son cruciales, porque la creación del socialismo depende básicamente del desarrollo de la actividad calificada que sea superior a las necesidades y constricciones. Cómo combinar cambios y permanencias, relaciones sociales e ideologías que vienen del capitalismo —y que son muy capaces de rehacer o generar capitalismo— con otras que están destinadas a formar personas diferentes, nuevas, y a producir

una sociedad y una cultura nuevas. Cómo aprovechar, estimular o modificar las motivaciones y actitudes de los individuos —que son los que pueden hacer realidad el socialismo—, cuando el poder socialista es tan abarcador en la economía, la política, la formación y reproducción ideológica y la vida cotidiana de las personas, y tiende a hacerse permanente. Cómo lograr que prevalezca el proyecto sobre el poder, cuando éste suma a los ámbitos referidos la defensa del país frente al imperialismo y los enemigos internos. Hacer que prevalezca el internacionalismo sobre la razón de Estado. Y hay muchos más dilemas y problemas.

Es necesario que el pensamiento se ocupe de los problemas centrales, como los citados y otros, porque él debe cumplir una función crucial en la realización práctica del socialismo. No hay retórica en esta afirmación, es que *para toda la época de la transición socialista el factor subjetivo está obligado a ser determinante*, y para ello debe desarrollarse y ser muy creador. Algunas cuestiones teóricas más generales, ligadas a los problemas que cité arriba, resultan de utilidad permanente en el trabajo con este concepto. También poseen ese valor proposiciones estratégicas del marxismo originario, como la de la necesidad de la revolución a escala mundial —frente al ámbito nacional de cada experiencia socialista y frente a un capitalismo que ha sido cada vez más profundamente mundializado—, o el problema de decidir qué es lo fundamental a desarrollar en las sociedades que emprenden el camino de creación del socialismo.

Paso a exponer mi concepto de *transición socialista*, que intenta precisar y hacer más útil para el trabajo intelectual

el concepto de socialismo^[4]. La transición socialista es la época consistente en cambios profundos y sucesivos de las relaciones e instituciones sociales, y de los seres humanos, que se van cambiando a sí mismos mientras se van haciendo dueños de las relaciones sociales. Es muy prolongada en el tiempo, y sucede a escala de formaciones sociales nacionales. Es ante todo un poder político e ideológico, para realizar el proyecto revolucionario de elevar a la sociedad toda y a cada uno de sus miembros por encima de las condiciones existentes, y no para adecuarse a ellas. El socialismo no surge de la evolución progresiva del capitalismo; este ha sido creador de premisas económicas, de individualización, ideales, sistemas políticos e ideológicos democráticos, que han permitido postular el comunismo y el socialismo. Pero de su evolución sólo surge más capitalismo. El socialismo es una opción, y existirá a partir de la voluntad y de la acción que sean capaces de crear nuevas realidades. Es el ejercicio de comportamientos públicos y no públicos de masas organizadas que toman el camino de su liberación total. La práctica revolucionaria de los individuos de las clases explotadas y dominadas, ahora en el poder, y de sus organizaciones, debe ser idónea para trastornar profundamente las funciones y resultados sociales que hasta aquí ha tenido la actividad humana en la historia. En este proceso debe pre-

⁴ Seleccione aquí elementos que me parecen principales, pero forzosamente resultan parciales respecto a una argumentación que vengo elaborando desde hace tres décadas. Puesto a escoger una referencia, sugiero ver F. Martínez Heredia: “Transición socialista y cultura: problemas actuales”, en *Casa de las Américas* núm. 178, La Habana, enero/febrero de 1990 (reproducido en *En el horno de los noventa*, Ediciones Barbarroja, Buenos Aires, 1999, ps. 182-194).

dominar la tendencia a que cada vez más personas conozcan y dirijan efectivamente los procesos sociales, y sea real y eficaz la participación política de la población. Sin esas condiciones el proceso perdería su naturaleza, y sería imposible que culmine en socialismo y comunismo.

La transición socialista es un proceso de violentaciones sucesivas de las condiciones de la economía, la política, la ideología, lo más radical que le sea posible a la acción consciente y organizada, si ella es capaz de volverse cada vez más masiva y profunda. No se trata de una utopía para mañana mismo, sino de una larguísima transición. Su objetivo final debe servir de guía y de juez de la procedencia de cada táctica y cada política, dado que estas son las que especifican, concretan, sujetan a modos y etapas las situaciones que afectan y mueven a los individuos, las instituciones y sus relaciones. Por tanto, no basta con eficiencia o utilidad para ser procedente: es obligatorio sujetarse a principios y a una ética nueva, socialista. Sus etapas se identifican por el grado y profundidad en que se enfrentan las contradicciones centrales del nuevo régimen, que son las existentes entre los vínculos de solidaridad y el nuevo modo de producción y de vida, por un lado, y por otro las relaciones de enfrentamiento, de mercado y de dominio. La transición socialista debe partir hacia el comunismo desde el primer día, aunque sus actores consuman sus vidas apenas en sus primeras etapas. Se beneficia de un avance internacional: la conciencia y las acciones posibles para sus protagonistas son superiores a las que podría generar la reproducción de la vida social a escala del desarrollo existente en sus países. Es un grave error esperar que el supuesto “desarrollo de una

base técnico-material”, a un grado inciertamente cuantificable, permita “construir” el socialismo, y por tanto creer que el socialismo pueda ser una locomotora económica que arrastre tras de sí a los vagones de la sociedad. El socialismo es un cambio cultural.

Nacida de una parte de la población que es más consciente, y ejercitada a través de un poder muy fuerte y centralizador en lo material y lo ideal, la transición socialista comienza sustituyendo la lucha viva de las clases por un poder que se ejerce sobre innumerables aspectos de la sociedad y de la vida, en nombre del pueblo. Por tanto, su factibilidad y su éxito exigen complejas multiplicaciones de la participación y el poder del pueblo, que serán muy diferentes y superiores a los logros previos en materia de democracia. Desatar una y otra vez las fuerzas reales y potenciales de las mayorías es la función más alta de las vanguardias sociales, que va preparando su desaparición como tales. El predominio del proyecto sobre el poder es la brújula de ese proceso de creaciones, que debe ser capaz de revolucionar sucesivamente sus propias relaciones e invenciones, a la vez que hace permanentes los cambios y los va convirtiendo en hábitos. Todo el proceso depende de hacer masivos la conciencia, la organización, el poder y la generación de cambios: el socialismo no puede crearse espontáneamente, ni puede donarse.

El concepto de transición socialista está más referido al movimiento histórico, mientras el de socialismo resulta más “fijo”; entiendo que eso le brinda indudables ventajas para el análisis teórico y para el acompañamiento a las experiencias. Además, el ámbito de la transición socialista abarca toda la época entre el capitalismo y el comunismo, por lo

que facilita la recuperación de este último concepto. Socialismo es ciertamente una noción más inclusiva que comunismo, lo cual ha facilitado que pueda pensarse desde él un arco muy amplio de situaciones y posibilidades no capitalistas. Pero al ser su sentido verdadero la creación de una sociedad cuya base y despliegue son opuestos y diferentes al capitalismo, el socialismo necesita de la noción de comunismo, por dos razones. Una, la dimensión más trascendente, el objetivo —la utopía, incluso— de las ideas y los movimientos socialistas es el comunismo, una propuesta que no está atada a la coyuntura, la táctica, la estrategia de cada caso y momento, pero sirve para discernir actitudes y fijar el rumbo. La segunda, el referente comunista es útil para la recuperación de la memoria histórica de más de siglo y medio de ideas, sentimientos y acciones revolucionarias, y también lo es para pensar desde otro punto de partida ético y epistemológico los grandes temas de la transición socialista.

Entre tantos problemas que porta el concepto de socialismo, he seleccionado sólo algunos para esta exposición.

La vertiente interpretativa del marxismo originario que privilegió la determinación de los procesos sociales por la dimensión económica fue la más influyente a lo largo de las experiencias socialistas del siglo XX. Entre sus corolarios teóricos fueron centrales los de la “obligada correspondencia entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción”, la cuantificación “técnico-material” de las bases de la “construcción del socialismo” y la supuesta ley de “satisfacción creciente de las necesidades”. La llamada Economía Política del Socialismo llegó a codificar en un verdadero catecismo estos y otros preceptos de mayor o menor

generalidad. Pero el tema del desarrollo, que floreció y tuvo un gran auge en el tercer cuarto del siglo, replanteó la cuestión al pensar la relación entre socialismo y desarrollo desde la situación y los problemas de los países que se liberaban en el llamado Tercer Mundo. Entre polémicas y aportes, se avanzó en el conocimiento del formidable obstáculo al desarrollo constituido por el sistema imperialista mundial, el neocolonialismo y el llamado subdesarrollo. En cuanto a la relación desarrollo—socialismo, la concepción que aplicaba los principios citados entendió que el primero debía preceder al segundo, es decir, que el desarrollo de la “base económica” sería la base del socialismo. Fidel Castro y Che Guevara estuvieron entre los opuestos a esas ideas, desde la experiencia cubana y como parte de una concepción de la revolución socialista que articulaba la lucha en cada país, la especificidad del Tercer Mundo y el carácter mundial e internacionalista del proceso^[5]. Guevara desarrolló un análisis crítico del socialismo de la URSS y su

⁵ “Marx concibió el socialismo como resultado del desarrollo. Hoy para el mundo subdesarrollado el socialismo ya es incluso condición del desarrollo. Porque si no se aplica el método socialista –poner todos los recursos naturales y humanos del país al servicio del país, encaminar esos recursos en la dirección necesaria para lograr los objetivos sociales que se persiguen--, si no se hace eso, ningún país saldrá del subdesarrollo.” Fidel Castro a los 244 graduados del Instituto de Economía de la Universidad de La Habana, el 20-12-1969. En *Pensamiento Crítico* núm. 36, La Habana, enero de 1970, ps. 133-184.

“No puede existir el socialismo si en las conciencias no se opera un cambio que provoque una nueva actitud fraterna frente a la humanidad, tanto de índole individual, en la sociedad en que se construye o está construido el socialismo, como de índole mundial en relación a todos los pueblos que sufren la opresión imperialista (...) El desarrollo de los subdesarrollados debe costar a los países socialistas; de

campo, y de su producción teórica, como parte de una posición teórica socialista basada en una filosofía marxista de la praxis, y en experiencias en curso.

Ha habido dos maneras diferentes de entender el socialismo en el mundo del siglo XX. Ellas han estado muy relacionadas entre sí, han solido reclamarse del mismo origen teórico, y no han sido excluyentes. Pero atiendo aquí a las diferencias entre ellas, porque son las que permiten asomarse a lo esencial.

La primera es un socialismo que pretende cambiar totalmente el sistema de relaciones económicas, mediante la racionalización de los procesos de producción y de trabajo, la eliminación del lucro, el crecimiento sostenido de las riquezas y la satisfacción creciente de las necesidades de la población. Se propone eliminar el carácter contradictorio del progreso, cumplir el sentido de la historia, consumir la obra de la civilización y el ideal de la modernidad. Su material cultural previo han sido tres siglos de pensamiento avanzado europeo, que aportaron los conceptos, las ideas acerca de las instituciones guardianas de la libertad y la equidad, y la fuente de creencias cívicas de Occidente. Este socialismo propone consumir la promesa incumplida de la modernidad, introduciendo la justicia social y la armonía universal. Para lograrse, necesita un gran desarrollo económico y una gran liberación de los trabajadores, hasta el punto en que la economía deje de ser medida por el tiempo de trabajo. Bajo

acuerdo, pero también deben ponerse en tensión las fuerzas de los países subdesarrollados y tomar firmemente la ruta de la construcción de una sociedad nueva.” Ernesto Che Guevara: Discurso en el Seminario Económico de Solidaridad Afroasiática, Argel, 24-2-1965. En *Ob. cit.*, t. II, ps. 572-583.

este socialismo la democracia sería puesta en práctica a un grado muy superior a lo logrado por el capitalismo, aun por los proyectos más radicales. Libertades individuales completas, garantizadas, instituciones intermedias, contrapesos, control ciudadano, extinción progresiva de los poderes. En una palabra, toda la democracia y toda la propuesta comunista de una asociación de productores libres. Su presupuesto es que al capitalismo no le es posible racionalmente la realización de aquellos fines tan altos: sólo el socialismo puede hacerlos realidad.

La otra manera de entender el socialismo ha sido la de conquistar en un país la liberación nacional y social, derrocando al poder establecido y creando un nuevo poder, ponerle fin al régimen de explotación capitalista y su sistema de propiedad, eliminar la opresión y abatir la miseria, y efectuar una gran redistribución de las riquezas y de la justicia. Sus prácticas tienen otros puntos de partida. Sus logros fundamentales son el respeto a la integridad y la dignidad humana, la obtención de alimentación, servicios de salud y educación, empleo y demás condiciones de una calidad de la vida decente para todos, y la implantación de la prioridad de los derechos de las mayorías y de las premisas de la igualdad efectiva de las personas, más allá de su ubicación social, género, raza y edad. Garantiza su orden social y cierto grado de desarrollo económico y social mediante un poder muy fuerte y una organización revolucionaria al servicio de la causa, honestidad administrativa, centralización de los recursos y su asignación a los fines económicos y sociales seleccionados o urgentes, búsqueda de relaciones económicas internacionales menos injustas, y planes de desarrollo. Este socialismo debe recorrer un duro y largo

camino en cuanto a garantizar la satisfacción de necesidades básicas, la resistencia eficaz frente a sus enemigos y a las agresiones y atractivos del capitalismo, y enfrentar las graves insuficiencias emergentes del llamado subdesarrollo y de los defectos de su propio régimen. En ese mismo tiempo —y no después— debe fundar instituciones y cultura democráticas, y un estado de derecho. En realidad está obligado a crear una nueva cultura diferente y opuesta a la del capitalismo.

En el ambiente del primer socialismo se privilegia la significación burguesa del Estado, la nación y el nacionalismo: se les condena como instituciones de la dominación y la manipulación. En el ambiente del segundo, la liberación nacional y la plena soberanía tienen un peso crucial, porque la acción y el pensamiento socialistas han debido derrotar al binomio dominante nativo-extranjero, liberar las relaciones y las subjetividades de sus colonizaciones, y arrebatarle a la burguesía el control del nacionalismo y el patriotismo. Para el segundo socialismo es vital combinar con éxito las ansias de justicia social con las de libertad y autodeterminación nacional. El poder del Estado le es indispensable, sus funciones aumentan fuertemente y su imagen crece mucho, a veces hasta grados desmesurados. Las profundas diferencias existentes entre el socialismo elaborado en regiones del mundo desarrollado y el producido en el mundo que fue avasallado por la expansión mundial del capitalismo han conducido durante el siglo XX a grandes desaciertos teóricos y políticos, y a graves desencuentros prácticos.

La explotación del trabajo asalariado y la misión del proletariado tienen lugares prioritarios en la ideología del primer

socialismo; para el segundo, lo central son las reivindicaciones de todos los oprimidos, explotados, marginados o humillados. Este es otro lugar de tensiones ideológicas, contradicciones y conflictos políticos entre las dos vertientes, en la comprensión del socialismo y en establecer sus campos de influencia, con una larga historia de confusiones, dogmatismos, adaptaciones e híbridos. Sin embargo, las construcciones intelectuales influidas por la centralidad de la explotación capitalista y de la actuación proletaria han contribuido sensiblemente a la asunción del necesario carácter anticapitalista de las luchas de las clases oprimidas en gran parte del mundo colonizado y neocolonizado. Pero para el segundo modo de socialismo, el cambio profundo de las vidas de las mayorías es lo fundamental, y no puede esperar, cualquiera que sea el criterio que se tenga sobre las estructuras sociales y los procedimientos utilizados para transformarlas, o los debates que con toda razón se produzcan acerca de los riesgos implicados en cada posición. Y esto es así, *porque la fuerza de este tipo de revolución socialista no está en una racionalidad que se cumple, sino en potenciales humanos que se desatan.*

La libertad social —pongo el acento en 'social'— es priorizada en este socialismo, como una conquista obtenida por los propios participantes, más que las libertades individuales y la trama lograda de un estado de derecho. Es una libertad que se goza, o que le hace exigencias a su propio poder revolucionario en los planos sociales, y es la que genera mejores autovaloraciones y más expectativas ciudadanas. La legitimidad del poder está ligada a su origen revolucionario, a un gran pacto social de redistribución de las riquezas y las oportunidades que está en la base de la vida

política, y a las capacidades que demuestre ese poder en campos diversos, como son encarnar el espíritu libertario que se ha dejado encuadrar por él, guiarse por la ética revolucionaria y por principios de equidad en el ejercicio del gobierno, mantener el rumbo y defender el proyecto.

El segundo modo de socialismo no puede despreciar el esfuerzo civilizatorio como un objetivo que sería inferior a su proyecto liberador. Debe proporcionar alimentación, ropa, zapatos, paz, empleo, atención de salud e instrucción a todos, pero enseguida todos quieren leer diarios, y hasta libros, y en cuanto se enteran de que existe el internet, quieren navegar en él. Se levantan formidables contradicciones ligadas íntimamente al propio desarrollo de esta sociedad. Cito sólo algunas. La disciplina capitalista del trabajo es abominada mucho antes de que una cultura productiva y una alta conciencia del papel social del trabajo puedan sustituirla. La humanización del trabajo y el auge de la calificación de las mayorías no son respaldadas suficientemente por los niveles técnicos y tecnologías con que se cuenta. Los frutos del trabajo empleado, el tesón y sacrificios conscientes y el uso planeado de recursos pueden reducirse mucho por las inmensas desventajas del país en las relaciones económicas internacionales. Los individuos son impactados en sus subjetividades por un mundo de modernizaciones que cambian sus concepciones, necesidades y deseos, y están dedicados conscientemente a labores cuya retribución personal es más bien indirecta y de origen impersonal. El sistema puede aparecer frente a ellos entonces como un poder externo, dispensador de beneficios y dueño del timón de la sociedad, que conduce con benévolo arbitrio. Porque

la cultura “moderna” implica también individualismo exacerbado, y cada uno debe vivir en soledad la competencia, los premios o castigos, el interés y el afán de lucro, el éxito o el fracaso. La mundialización del incremento de las expectativas —entre otras tendencias homogeneizadoras sin bases reales suficientes, que no puedo tratar aquí—es muy rápida hoy, y suele constituir un arma de la guerra cultural mundial imperialista.

La transición socialista de los países pobres devela entonces lo que a primera vista parecería una paradoja: el socialismo que está a su alcance y el proyecto que pretende realizar *están obligados a ir mucho más allá* que el cumplimiento de los ideales de la razón y la modernidad, y de entrada deben moverse en otro terreno. Su camino exige negar que la nueva sociedad sea el resultado de la evolución del capitalismo, y negar la ilusión de que la sola expropiación de los instrumentos del capitalismo permitirá construir una sociedad que lo “supere”. Es decir, a este socialismo le es ineludible trabajar por la creación de una nueva concepción de la vida y del mundo, al mismo tiempo que se empeña en sus prácticas más inmediatas.

Y entonces aparece también otra cuestión principal. Del mismo modo que todas las revoluciones anticapitalistas triunfantes desde fines de los años 40 del siglo XX sucedieron en el llamado Tercer Mundo, es decir, fuera de los países con mayor desarrollo económico —sin hacer caso de la doctrina que postulaba lo contrario—, el socialismo factible no depende de la evolución progresiva del crecimiento de las fuerzas productivas, su “correspondencia con las relaciones de producción” y un desarrollo social que sea consecuencia del económico, sino de un cambio radical de

perspectiva. La transición socialista se enfrenta aquí a un doble enemigo. Uno es la persistencia de relaciones mercantiles a escala internacional y nacional, que tiende a perpetuar los papeles de las naciones y los individuos basados en el lucro, la ventaja, el egoísmo y el individualismo, y sus consensos sociales acerca de la economía, el dinero, el consumo y el poder.

El otro es la insuficiencia de capacidades de las personas, relaciones e instituciones, resultante de la sociedad preexistente, para realizar las grandes y complejas tareas necesarias. El subdesarrollo tiende a producir un socialismo subdesarrollado; el mercantilismo, un socialismo mercantilizado. Las combinaciones de ambos son capaces de producir frutos peores. Es forzoso que en este tipo de transición socialista las “leyes de la economía” no sean determinantes; al contrario, la dimensión económica debe ser gobernada por el poder revolucionario, y este debe ser una conjunción de fuerzas sociales y políticas unificadas por un proyecto de liberación humana.

Es preciso calificar desde esa perspectiva los factores necesarios para emprender la transición socialista y avanzar en ella, y manejarlos de manera apropiada. Brindo ejemplos. Derribar los límites de lo posible resulta un factor fundamental, y que se torne un fenómeno masivo la confianza en que no existen límites para la acción transformadora consciente y organizada. Dentro de lo posible se consiguen modernizaciones, pero la transición que se conforma con ellas sólo obtiene al final modernizaciones de la dominación y nuevas integraciones al capitalismo mundial. Los procesos educativos tampoco se pueden "corresponder" con el nivel de la economía: deben ser, precisamente, muy superiores a

ella, y muy creativos. Esta educación socialista no se propone formar individuos para obedecer a un sistema de dominación e interiorizar sus valores; al contrario, debe ser un territorio antiautoritario a la vez que un vehículo de asunción de capacidades y de concientización, una educación que está obligada a ser superior a las condiciones de reproducción de la sociedad, precisamente porque debe ser creadora de nuevas fuerzas para avanzar más lejos en el proceso de liberación.

Sintetizo preguntas sobre cuestiones principales: ¿el desarrollo económico es un presupuesto del socialismo, o el socialismo es un presupuesto de lo que hasta ahora hemos llamado desarrollo económico? ¿Qué objetivos puede y debe tener realmente la “economía” de los regímenes de transición socialista? ¿Qué crítica socialista del desarrollo económico es necesaria en este siglo XXI? ¿Cómo puede ser manejada con efectividad la conflictividad de las relaciones con los recursos y el medio natural por una posición ambientalista socialista? En otro campo de preguntas: ¿a través de la profundización de la democracia se marcha hacia el socialismo, o a través del crecimiento del socialismo se marcha hacia la profundización de la democracia? ¿Cómo pasar de la dictadura revolucionaria que abre caminos a la liberación humana, a formas cada vez más democráticas que con sus nuevos contenidos y procedimientos aseguren la preservación, continuidad y profundización de aquellos caminos? ¿Cómo evitar que el subdesarrollo, las relaciones mercantiles, el burocratismo, los enemigos externos, tejan la red en la cual el proceso sea atrapado y desmontado? ¿Cómo lograr y asegurar que la transición socialista incluya sucesivas revoluciones en la revolución?

No quisiera terminar sin expresar mi posición, a la vez que reconocer la difícil situación en que se encuentra el ideal socialista, y por tanto su concepto, en la coyuntura actual. La palabra socialismo se utiliza poco, incluso en medios sociales avanzados; algunos prefieren aludir a su contenido sin mencionarla expresamente, sobre todo cuando quieren ser persuasivos. Una pregunta pertinente es: ¿qué tiene que ver hoy el socialismo con nosotros? Opino que la única alternativa práctica al capitalismo realmente existente es el socialismo, y no la desaparición o el “mejoramiento” de lo que llaman globalización, que suele ser una vaga referencia al grado en que el capitalismo transnacional y de dinero parasitario ejerce su dominación en el mundo contemporáneo. Tampoco considero una alternativa suficiente el fin del neoliberalismo, palabra que hoy sirve para describir determinadas políticas y la principal forma ideológica que adopta el gran capitalismo. Esos conceptos no son inocentes, el lenguaje nunca lo es. Cuando se acepta que “la globalización es inevitable” se está ayudando a escamotear la conciencia de las formas actuales de la explotación y la dominación imperialista, es decir, el punto a que ha llegado en su larga historia de mundializaciones, en una gama de modalidades que va del pillaje abierto a los dominios sutiles; a la vez, se da categoría de fenómeno natural a una despiadada forma histórica de aplastar a las mayorías, como si se tratara del clima. En su guerra cultural mundial, el capitalismo intenta imponerle a todos —incluidos sus críticos— un lenguaje que condena a los pensamientos posibles a permanecer bajo su dominación.

El rechazo al neoliberalismo expresa un avance muy impor-

tante de la conciencia social, y puede ser una instancia unificadora para acciones sociales y políticas. Pero el capitalismo es mucho más abarcador que el neoliberalismo; incluye todas las ventajas ‘no liberales’ que obtiene de su sistema de explotación y opresión económica, sus poderes sobre el Estado, la política, la información y la formación de opinión pública, la escuela, el neocolonialismo, sus instrumentos internacionales, su legalidad y su terrorismo, la corrupción y la “lucha” contra ella, etc. Es por su propia naturaleza que este sistema resulta funesto para la mayoría de la población del planeta y para el planeta mismo, y no por sus supuestas aberraciones, una malformación que puede ser extirpada o un error que pueda enmendarse. El capitalismo ha llegado a un momento de su desarrollo en que ha desplegado todas sus capacidades con un alcance mundial, pero su esencia sigue siendo la obtención de su ganancia y el afán de lucro, la dominación, explotación, opresión, marginalización o exclusión de la mayoría de las personas, la conversión de todo en mercancía, la depredación del medio, la guerra y todas las formas de violencia que le sirven para imponerse, o para dividir y contraponer a los dominados entre sí. Lo más grave es el carácter parasitario de su tipo de expansión, centralización y dominación económica actual, y el dominio de Estados Unidos sobre el sistema. Ellos están cerrando las oportunidades a la propia iniciativa y competencia capitalistas, a su capacidad de emplear a las personas, a su democracia y su neocolonialismo, y le cierran a la vez las oportunidades de satisfacer sus necesidades mínimas a más de la cuarta parte de la población mundial, y a la mayoría de los países el ejercicio de su soberanía

plena, de vida económica y social propia y de proyectos nacionales.

Es cierto que en la etapa reciente las luchas populares han sufrido numerosos descabros en el mundo, y la dominación parece más poderosa que nunca, aunque en realidad porta también grandes debilidades y acumula elementos en su contra. El mayor potencial adverso a la dominación es una enorme cultura acumulada de experiencias de contiendas sociales y políticas —y de avances obtenidos por la Humanidad—, cultura de resistencias y rebeldías que fomenta identidades, ideas y conciencia, y deja planteadas inconformidades y exigencias formidables y urgentes. Todo eso favorece la opción de sentir, necesitar, pensar y luchar por avances y creaciones nuevas. Los principales enemigos internos de las experiencias fallidas de transición socialista han sido la incapacidad de ir formando campos culturales propios, diferentes, opuestos y superiores a la cultura del capitalismo —y no solamente opuestos—, y la recaída progresiva de esas experiencias en los modos capitalistas de reproducción de la vida social y de la dominación. Mientras, el capitalismo desplegó la paradoja de lograr un colosal y muy cautivador dominio cultural, y al mismo tiempo ser cada vez más centralizado y más excluyente, producir monstruosidades y monstruos, ahogar sus propios ideales en un mar de sangre y lodo, y perder su capacidad de promesa, que fue tan atractiva. Por eso trata hoy de consumir el escamoteo de todo ideal y toda trascendencia, y reducir los tiempos al presente, sin pasado ni futuro, para impedirnos recuperar la memoria y formular los nuevos proyectos, esas dos poderosas armas nuestras.

Sólo podrá salvar a la humanidad la eliminación de ese poder, y un trabajo creador, abarcador y muy prolongado contra la pervivencia de su naturaleza. La única propuesta capaz de impulsar tareas tan ineludibles y prodigiosas es el socialismo.

Pero esta afirmación del socialismo es una postulación, que debe enfrentarse a un fuerte grupo de preguntas y desafíos. El socialismo, ¿es una opción realizable, es viable? ¿Puede vivir y persistir en países o regiones del mundo, sin controlar los centros económicos del mundo? ¿Es un régimen político y de propiedad, y una forma de distribución de riquezas, o está obligado a desarrollar una nueva cultura, diferente, opuesta y más humana que la cultura del capitalismo? Por su historia, ¿no está incluido también el socialismo en el fracaso de las ideas y las prácticas “modernas” que se propusieron perfeccionar a las sociedades y las personas? No hay que olvidar ni disimular ninguno de esos desafíos, precisamente para darle un suelo firme a la idea socialista, sacar provecho a sus experiencias y tener más posibilidades de realizarla.

